

Perspectivas para el antropólogo*

Marco Vinicio Rueda S.J.

La presencia de un Departamento de Antropología en la PUCE, plantea una serie de interrogantes: ¿La Antropología, ciencia de “primitivos”? ¿Tiene porvenir la misma Antropología? ¿En qué se diferencia de la Sociología? ¿Tienen nuestros antropólogos posibilidades, incluso económicas, en el Ecuador? Es el problema humano, y no teórico, el que nos interesa, y de ahí el título de este artículo: “Perspectivas para el antropólogo”. Es un intento de esclarecimiento, que puede y debe ser discutido

¿Ciencia de “primitivos”?

La Antropología es de ayer, y se habla ya de su desaparición. La fecha de nacimiento de la Etnografía, como recolección y descripción de datos, y de la Etnología, como rama entonces de la filosofía y de la historia, empeñada en comparar rasgos raciales, es relativamente antigua. Pero todos están de acuerdo en señalar al norteamericano Lewis H. Morgan (1818-1881) y al inglés F.B. Tylor (1832-1927) como padres de la Antropología científica, con marcado carácter evolucionista.

Nació y creció la Antropología con el estudio de las culturas llamadas “primitivas”; y sabemos que, para clasificaciones de la ciencia, más hacen el proceso histórico y la práctica que las razones teóricas. Se creía que el grupo ““primitivos” era más simple y por ende más sencillo de ser estudiado, y se veía en él, a veces, la imagen de los comienzos de toda nuestra propia historia.

Esto fue dibujando el perfil del antropólogo, no siempre bien mirado por la gente. Clyde Kluckhohn nos cuenta en su sabrosa “Introducción a la Antropología” (*Mirror for Man*), la sorpresa de un amigo suyo en un cocktail, al enterarse de la profesión de Clyde: “¿Cómo? Se ve que no siempre se necesita estar loco para ser antropólogo, pero eso debe al menos constituir una ayuda”.

Durante este rapidísimo proceso de crecimiento (¡apenas una centena de años!), no se había liberado aún la Antropología de su carácter exótico y etnocentrista. Bien instalado el antropólogo en la “superioridad” de su cultura occidental, ocupaba sus socios en observar “cosas raras” en las culturas primitivas, arcaicas, ancestrales, tradicionales, sin escritura, sin maquinismo, expresiones todas que vehiculaban un juicio peyorativo: “ellos y nosotros”. Preocupado de cómo

* Publicado en 1974 en la Revista de la Pontificia Universidad Católica, II (2), Quito, pp 73-85.

visten, cómo se peinan, de sus ritos matrimoniales o religiosos, de sus relaciones de parentela y de su incipiente organización política, el antropólogo era el coleccionador de “cosas interesantes y exóticas”, que a veces le permitían teorizar sobre el origen del hombre, de la religión y de la cultura.

Con todo, la Antropología tomó “conciencia de sí”. A la recolección de datos y teorizaciones, siguió el trabajo de campo, la investigación sobre el terreno (Malinowski, Boas, Kroeber, Lowie...), y a la observación se añadió la “participación”: llegar a ser uno de ellos.

Es lícito preguntarnos hasta cuándo podremos hablar de “primitivos”. Las rutas, los aviones, el transistor, perforan las selvas y visitan las “islas lejanas”. Aun las pobres “reservas” dejadas a los indígenas de Matogrosso (¡han sido vendidas ya las tierras de sus legítimos poseedores!), resultan irrisorias, pues la caza está condicionada cada vez más por el ruido de los motores, y la pesca disminuida por la polución de los ríos causada por una creciente industria. De los baroros del Brasil, objeto de tantos estudios antropológicos, apenas si quedan unos 150, y de nuestras mismas culturas ecuatorianas (colorados, aucas, jívaros...) no se oirá hablar como unidades aisladas dentro de pocos años. ¿Para qué, se dirá ser antropólogo, si desaparece su campo propio de estudio?

Más la Antropología contemporánea ha ido dejando esta concepción estrecha, y ha ido ampliando su campo de acción, y no por ansia de buscar nuevo trabajo, sino por la evolución misma de la ciencia.

Del estudio de los “primitivos” se pasa al del “campesinado”, que representa en el Ecuador un 62% de la población total. Para afrontar luego los mismos problemas urbanos más complejos de la sociedad llamada “moderna”, con todas las implicaciones que sus decisiones de orden político y económico traen en el campesinado.

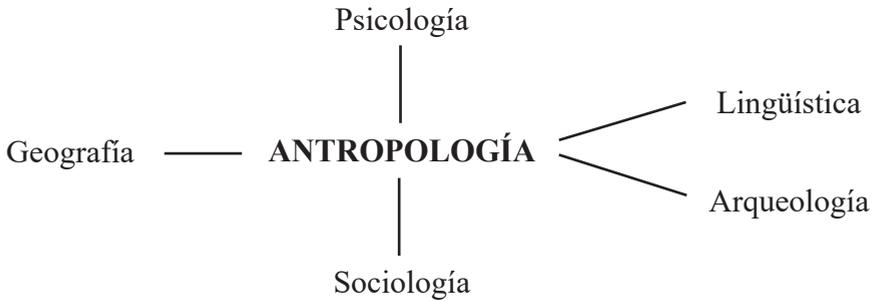
La Antropología se hacía “cultural”. Al ampliarse el campo de trabajo, han ido apareciendo nuevos proyectos para la Antropología. Se empezó por darle un alcance totalizante (tomar la cultura toda, el hecho social íntegro), un alcance metodológico (preocupación por la estructura subyacente), una circunscripción de lo real: parentesco, economía, etc. Así empezó a correr la expresión cultura, que ha hecho fortuna. M. Herskovits enumeraba en 1952 más de ciento setenta definiciones de “cultura”. Cultura en el sentido de “modo de vida”, conjunto de “modelos” aprendidos y no instintivos, que en determinadas circunstancias regulan así las categorías de conocimiento y valor, como los comportamientos de los miembros de una determinada sociedad. De esta manera todo grupo humano posee una cultura o sus culturas propias.

Si la Antropología se volvía “cultural”, ¿dejaba caso de ser “social”? “Se podría, pues decir -comenta a este propósito C. Lévi-Strauss- que Antropología cultural y Antropología social cubren exactamente el mismo programa, partiendo la una de las técnicas y de los objetos para terminar en esta “súper-técnica” que es la actividad social y política que hace posible y condiciona la vida en sociedad; la otra, que parte de la vida social para descender hasta las cosas, sobre las cuales deja ella su huella, para llegar a las actividades, a través de las cuales se manifiesta” (Lévi-Strauss 1958:390). La Antropología social va del todo hacia las partes, con plena conciencia de que éstas no tienen sólo un “valor unitario”, sino que representan una “función”, la cual para ser comprendida requiere no sólo de consideraciones geográficas, históricas, sino también sociológicas. El conjunto de funciones constituirá una “estructura”, con toda la riqueza que este concepto abarca en la Antropología contemporánea.

Sociología, Antropología y Lingüística

Empeñadas, ambas, Antropología y Sociología, en el estudio del “hombre total”, tenían que llegar las dos ciencias a los problemas sociológicos (los antropólogos Radcliffe-Brown, Durkheim, Mauss y otros lo iban a subrayar). “En los dos casos -insiste Lévi-Strauss- una relación particularmente estrecha existe con la Lingüística, puesto que la lengua es a la vez el hecho cultural por excelencia (que distingue al hombre del animal), y el intermediario por el cual todas

las formas de vida social se establecen y se perpetúan” (Ibíd.:392). Así se forma, para el mismo autor, una constelación de ciencias, todas con un común objeto, pero que representan puntos de vista y matices diferentes. Si leemos horizontalmente, estamos más cerca de la Antropología cultural, y si verticalmente, de la social:



La Sociología nos dará versiones más concretas (divorcio, criminalidad, revolución, etc.) y más sincrónicas, más en una unidad de tiempo, mientras que la Antropología se interesará por la cultural total, y será más diacrónica, más consciente del ritmo temporal. Digo “más”, porque no se puede fijar barreras infranqueables, y la unidad del objeto común para todas las Ciencias Humanas -el hombre-, está exigiendo algo más que un estudio interdisciplinar, la creación de una ciencia única, en la que se participe de los aportes que llegan desde diferentes comienzos de investigación: sociológicos, políticos, psicológicos, económicos y antropológicos. Estamos en la cultura de la computadora y del trabajo en equipo, que hace posible la utilización unificada de una gama tal de datos que supera con mucho las fuerzas de un trabajador intelectual. La Antropología tratará de ir más allá de las de elaboración conscientes, sociológicas, para intentar descubrir las estructuras mentales inconscientes, que se delatan en las instituciones y sobre todo en el lenguaje. De ahí la importancia de la Antropología lingüística o Lingüística antropológica en los departamentos de antropología (Hymes 1964).

Nuestro departamento

Los estudiosos antropológicos al aplicarse a nuestra realidad latinoamericana, exigen una ardua revisión de los aportes de la Antropología europea y norteamericana, que hasta no hace mucho tiempo representaban la casi totalidad de estos estudios, sin negar valiosas contribuciones de los precursores y representantes de nuestra Antropología criolla. Si no podemos limitarnos a repetir teorías y métodos extraños, tampoco podemos menospreciar y olvidar las conquistas logradas tras múltiples esfuerzos de tantos insignes investigadores. Para nuestro Departamento la gran tarea es buscar el hombre andino y ecuatoriano en su realidad pluricultural. Las teorías y los métodos formulados y aplicados por los investigadores de Antropología clásica ¿son válidos? ¿En qué medida? ¿Cuáles son las rectificaciones y complementos principales? Estas deben ser dos preocupaciones básicas de profesores y alumnos.

Nos interesa, sobre todo, la búsqueda de los “modelos” adecuados para la descripción y explicación de los fenómenos económicos, sociales, políticos, religiosos, en suma culturales, de nuestro país.

Obedeciendo a todo el proceso evolutivo de la Antropología antes descrito, nuestro Departamento quiere concentrarse en la Antropología Social y Cultural, junto con estudios lingüísticos, arqueológicos y etnohistóricos, Y puesto que no nos es lícito extender inmensurablemente el campo de visión, queremos especializarnos en nuestros problemas ecuatorianos y los del altiplano andino, ya que estos problemas humanos, sobre todo étnicos, del Ecuador, Perú y Bolivia son similares, por no decir idénticos.

Además de los aspectos generales socio-culturales, nuevas perspectivas de la Antropología contemporánea nos invitan a dedicarles atención. Los dominios políticos, económicos, psicológicos reclaman su puesto en el estudio del funcionamiento del todo social. Las relaciones de producción, las fuerzas de producción, las estratificaciones sociales, representan otros tantos factores que condicionan la vida social, sus ideologías y funcionamiento. Por eso hemos acogido entre las materias “básicas” (obligatorias) la Antropología Económica y la Antropología Política.

Tenemos que confesar que nuestra Facultad de Ciencias Humanas es una Facultad relativamente cara para la Universidad. Hay un promedio de 4,11 alumnos por profesor en la Facultad (6 en Antropología y 2.9 en Filosofía). No podemos, por lo tanto, multiplicar las cátedras en el propio Departamento; pero sí hemos logrado aprovecharnos ampliamente de las cátedras de otros departamentos, de modo que un 30% de las materias puede seguirlas el alumno sin recargo especial para la Universidad (materias “complementarias” y algunas “optativas”).

Perspectivas de trabajo

Si la Antropología ha tomado un giro “globalizante”, se ha afirmado también como una ciencia comprometida. Cambia el contenido y cambia la actitud. Una ciencia de pura observación y clasificación del material recogido es para nuestra América un lujo que no podemos cultivar. Tiene que ser una ciencia-servicio, al servicio de la liberación del hombre. Con plena conciencia de su dignidad de persona, y no con el afán de encontrar un objeto más de dominación injusta. Un servicio de auténtica seriedad científica, muy lejos de peroratas demagógicas. La mala conciencia del antropólogo europeo o norteamericano de haber estado a órdenes del etnocentrismo y aún del etnocidio, tiene que ser superada en nuestra América. Para nosotros los problemas son tan urgentes y globales, que el antropólogo tiene una palabra que decir y proclamar sobre ellos.

Veamos unos cuantos problemas “mayores” de nuestra realidad. Hay cerca de un millón de indígenas en el Ecuador, que en regiones como el Chimborazo representan un alto porcentaje de monolingües quichuas (en Guamote, 80% para los hombres y 91% para las mujeres). Tenemos una serie de relaciones interétnicas, con frecuencia conflictivas. Es preciso aceptar que no hay una cultura ecuatoriana, sino una pluralidad de culturas, que condicionan la vida, la legislación, los factores educativos y religiosos. El proceso de “dependencia” con toda la trágica realidad que este vocablo engloba para la sociología latinoamericana, y que está determinando el desarrollo de nuestra América, no sólo repercute en el campo económico; determina los procesos de cambio y sacude el orden cultural todo. Es el hombre de América el que está en juego. Hay también un proceso nefasto de dominación interna (los “herodianos” de nuestros economistas y sociólogos), proceso de dominación interna de parte de blancos y mestizos que se agrava en las relaciones con el campesinado, y de modo especial con las “zonas de refugio” indígenas. La nación tiene tres zonas mayores marcadamente diferentes: Costa, Sierra y Oriente. La educación rural es un enigma que sólo se descifra artificialmente en los papeles oficiales. La misma pastoral de la Iglesia ecuatoriana se ve avocada a afrontar cierto sincretismo religioso, y requiere tener en cuenta modalidades antropológicas, a fin de que sus símbolos sean decisivos. En suma, la integración nacional, si no quiere caer en un nefasto mestizaje que sacrifique grandes valores y se convierta en un proceso deshumanizante, necesita del antropólogo. Y no simplemente por un afán folklórico afanoso de conservar cosas típicas, sino porque estamos convencidos que una auténtica revalorización y promoción de estos grupos culturales, no se realizará sin una recia raigambre en el pasado y gracias a un proceso evolutivo de autenticidad.

En estas circunstancias, varios departamentos del gobierno como el de Educación, Salud Pública, Previsión Social y Economía; los municipios, sobre todo en sus departamentos culturales; algunas comisiones de la Conferencia Episcopal, como la Comisión de Promoción Humana; la Junta de Planificación y otros organismos similares, las universidades, los museos históricos como el del Banco Central, las comisiones que elaboran algunos proyectos de ley, ciertos centros educativos, situados en regiones de intensa relación interétnica, varios organismos artísticos, de

teatro y música sobre todo, para no citar otros ejemplos, requieren la presencia del antropólogo, al menos como un perito cuyo dictamen debe ser consultado, y muchas veces como un miembro permanente del organismo

¿Un burócrata más de nuestra ya recargadísima maquinaria administrativa? No, por cierto. Presencia ante todo de un hombre de ciencia, de un investigador, al cual se le facilitan los medios de búsqueda y cuyo pensamiento se respeta, sin tratar de “recuperarlo” para fines políticos y mercantilistas. Son las universidades las primeras que deben tomar conciencia de que en este campo la investigación no es un complemento ni un lujo, sino una urgencia, no sólo por el hecho de que la Antropología está naciendo en nuestro continente, sino por la naturaleza misma de la empresa. El antropólogo es el hombre para el hombre que debe permanecer en contacto vital con el hombre de América.

Permítaseme presentar unos cuantos ejemplos hirientes y concretos, objeto algunos de ellos de investigación en nuestro Departamento de Antropología que aspira a realizar estudios de interés nacional, como práctica de los estudiantes y como una modesta colaboración a los intereses comunes.

No hay duda que el Indigenismo es uno de nuestros problemas cruciales, dolorosamente marginado de nuestra consideración, y que tiene que ser abordado antes o después de cualquier revolución que aspire solucionar nuestra realidad nacional. A mi entender se encuentra el indígena en una situación de enquistamiento y violencia contenida que no puede prolongarse más tiempo. Y como algo típico de su cultura, hay en él una gran unidad de vida. Para el hombre “blanco” (así entre comillas, pues se trata de una realidad bastante compleja) se pueden señalar sectores de vida suficientemente separados. No así para el indígena, en cuya vida se fusionan los más disímiles aspectos. Sus problemas de salud que requieren atención urgentísima si no queremos ser testigos de una degradación creciente, suponen aspectos religiosos como el de los brujos y el de los *priostazgos* en la fiesta, que no es sólo asunto religioso, sino también de prestigio social, de parentesco, de economía y de influjo político.

Su problema educativo tiene hondas raíces en el monolingüismo o bilingüismo nacional, en el ritmo de trabajo en el campo, en el sistema familiar de cultivo de la tierra, en las distancias y ecología de las regiones, en el régimen de organización de estructura social, en su simbología propia, en la misma escala de valores de su mundo cultural. ¿Cómo pueden elaborarse las cartillas de alfabetización, sin los datos etnolingüísticos y simbólicos? ¿Cómo puede darse una formación apropiada y asimilable en matemáticas, en concreto sobre pesas y medidas en nuestro campo, sin los datos antropológicos? ¿Hemos elaborado “programas”, tipo de escuela para nuestros campos, para los centros de indígenas en concreto?

Bástenos, por ahora, señalar el problema, sin pretender abordarlo. Dígase lo mismo del complicado y riquísimo fenómeno de la fiesta religiosa indígena. ¿Es mera explotación por parte de la religión? ¿Es mera explotación del mestizo? ¿Basta lamentar los destrozos económicos y fisiológicos del alcohol, de la chicha? ¿Basta ponderar su riqueza folklórica y convertirla en un renglón más de los ingresos turísticos? Con gesto que se podría tildar de cómico, si no mediaran intereses nacionales muy serios, el Congreso de la República del 2 de octubre de 1918, un decreto por el cual quedan “prohibidos los priostazgos, funciones, capitanías y pases del niño”. Hay penas de prisión y multa a las personas “que los nombraren para que intervengan como tales en fiestas religiosas”. También multada y destituida la autoridad que no lo hubiera impedido (Rubio Orbe 1954: 62). Los priostazgos, con todo, han seguido, y los pases del niño cruzan aún nuestras calles.

¿Cómo es posible tanta ingenuidad en personas por otro lado respetabilísimas, si no es gracias al desconocimiento de los datos antropológicos? Solucionar con un decreto un problema que encarna toda una concepción de la vida, una economía de prestigio, diferente en mucho de la nuestra, un afán profundamente humano de “sobrepasarse”, una vivencia tan arraigada como son en todas las culturas las “celebraciones”, con sus grandes valores humanos. Tienen sí que ser separadas esas fiestas de su ganga dolorosa y dañina que la entorpece, sin borrar una historia y sin matar el alma indígena.

¿Por qué ha nacido muerta la Ley de Comunas, sino porque ha ignorado el espíritu mismo de la “comuna”, para mí el primer valor de nuestra cultura indígena? La nueva Ley de Reforma Agraria prevé en el Título V, Cap. II, organizaciones campesinas provisionales de reforma agraria, y aunque el Art. 56 deja la suficiente amplitud, la aplicación del mismo se está desarrollando en forma desarticulada con la cultura indígena, presionándola hacia el cooperativismo y olvidando la “comuna”, que, como acabo de decir, es para mí el mayor valor de su cultura.

El problema indígena, por doloroso que sea, no representa sino una parte del problema antropológico ecuatoriano. Junto a él está el campesinado de la Sierra y el montubio costeño, con todas las implicaciones de la dependencia y el marginalismo. Problemas ecológicos, del bilingüismo, de carencia de centros educativos, de ausencia de atención sanitaria. Si el minifundio nos asusta, más grave es la mini-cultura sobre todo del campo.

Lo que Redfield llamaba la pequeña y grande tradición, se verifica entre nosotros de manera hiriente. De la capital y de unas pocas ciudades más, van todas las decisiones y la fuerza directora. Esto provoca el movimiento migratorio del campo a la ciudad, de la provincia a la capital. Abandono de lo rural, recargo de lo urbano, con una serie de conflictos, no sólo de orden económico, sino también social, religioso, en una palabra antropológico. Por qué abandonan el campo, por qué vienen a estas ciudades, cómo viven en ellas, qué evangelización reciben en ellas, cómo regresan a su comunidad de origen, qué conflictos humanos provoca este retorno, qué interpretaciones de orden interétnico dan los diversos grupos, he ahí unos cuantos interrogantes que podrían ser esclarecidos por el sociólogo y el antropólogo en mancomunado esfuerzo.

Los mismos cultivos, sobre todo el casi monocultivo de nuestra Costa, crea situaciones conflictivas, privilegios, migraciones de la Sierra a la Costa, arriendo de terrenos para el pequeño cultivador costeño y otra serie de condicionamientos, causas de un precarismo no contemplado por la ley, y no denunciado, desgraciadamente, por antropólogos ecuatorianos.

¿Qué estudios tenemos del pescador de nuestras costas? En el Oro hay más de cien camaronas subsidiadas por el Estado para reemplazar el monocultivo bananero. Programa interesante, pero realizado en tal forma de explotación, que no enriquece sino a pocos empresarios, con el encajecimiento del producto y de la subsistencia en general.

Y en la urbe, en la misma capital, se nos escapan, por ejemplo, los modelos matrimoniales que de hecho rigen -no en teoría- en las clases altas, en el medio corriente, en los trabajadores, en los emigrados. Para no citar sino un aspecto. Porque lo que se dice del modelo matrimonial puede extenderse a otros campos: madres célibes, hogares abandonados, doble hogar, donjuanismo celibatarío, supersticiones religiosas, quememimportismo patriótico y político, conformación de los grupos políticos, de agitadores de izquierda o derecha reducidos a un dogmatismo desencarnado de toda raigambre nacional.

En el orden educativo urbano, una sola pregunta: el fracaso de nuestro bachillerato ¿es sólo debido a deficiencias de orden educativo? ¿Se ha tomado al muchacho, al hombre ecuatoriano, en su realidad sociocultural para hacer de él un bachiller, o se han barajado programas sobre la base de los índices de textos de extranjeros?

Y no queremos ni siquiera desflorar el arduo problema que nos toca más de cerca: la orientación antropológica de la universidad ecuatoriana. Preferimos madurar nuestras reflexiones, para que sean más objetivas y concretas.

Sirvan estas someras muestras para sembrar al menos en la inquietud sobre la urgencia del dato antropológico en el estudio y solución de la problemática ecuatoriana.

Estudios serios, vivenciales, personales es lo que pretendemos en nuestro Departamento de Antropología. Con el más amplio respeto a la autonomía que la verdad reclama. Con la más estricta seriedad frente a las exigencias de esta misma verdad impone. Seguros de la urgencia del aporte antropológico. Optimistas sobre las perspectivas incluso rentables para el trabajo del antropólogo. Conscientes de la ardua tarea que supone la creación y desarrollo de una Antropología Latinoamericana para el hombre indio-hispano de América.